

Don Juan Carandell Pericay (1893-1937): Geólogo y Geógrafo Andaluz.

Antonio López Ontiveros

La atrayente y copiosa obra de Juan Carandell sobre Andalucía y España están aún por estudiar y, por tanto, no puede ser valorada en su justa medida. No obstante, se conoce buena parte de sus aportaciones y lo esencial de su biografía, de las que cabe deducir que no hay pleonasma alguno en calificarlo "geólogo y geógrafo andaluz", tal como hiciera en 1942 un catalán -Solé Sabarís- a propósito de la publicación de su obra póstuma, también catalana, *El Bajo Ampurdán. Ensayo Geográfico*¹. Las razones que para ello existen son dos, complementarias entre sí. Carandell desarrolla en Andalucía gran parte de su corta vida intelectualmente útil -de 1917 a 1937- y aunque de espíritu abierto y polifacético científicamente -"naturalista" en un sentido amplio- no cabe duda que, como veremos, a nuestra región dedica muchas de sus obras, las más importantes cualitativa y cuantitativamente. De entre ellas, a su vez, el texto que ahora recoge nuestra Revista, "Andalucía: Ensayo Geográfico" es un excelente, brillante y escueta síntesis de lo que el autor había publicado hasta entonces -1930- sobre Andalucía.

Para comprender, no obstante, este bello ensayo creo que conviene precederlo de la semblanza biográfica y rasgos humanos e intelectuales de Carandell, análisis sintético de su producción bibliográfica y explicitación del argumento, estructura y contenido del susodicho ensayo.

¹ CARANDELL PERICAY, J.: *El Bajo Ampurdán. Ensayo Geográfico*. Granada (del Boletín de la Universidad de Granada), Imprenta de Francisco Román Camacho, 1942, 183 pp. Hay también otra edición en Girona, Diputación Provincial, 1978, 183 pp.

SEMBLANZA BIÓGRAFICA Y RASGOS HUMANOS E INTELECTUALES.

Afortunadamente conservamos unos cuantos textos sobre Carandell, casi todos de eminentes geólogos y/o geógrafos -Gil Muñiz (1930), Santaló (1937), Pan Vila (1938), E. Hernández Pacheco (1942), Solé Sabarís (1942)-², que junto con "Mi oración en la muerte de mi padre" (1926)³ del propio autor y las escasas referencias que hace a lo largo y ancho de sus obras nos permiten fijar los hitos fundamentales de su vida y caracterizar con precisión su perfil humano e intelectual.

Su escueto *curriculum vitae*, del que después glosaremos algunos aspectos importantes, es el que sigue. Nace Carandell en Figueras el 19 de enero de 1893, quedando como hijo único -por fallecimiento de dos hermanas- del eminente maestro Don Gregorio Carandell y Salinas, que pronto enviuda, "dedicando ya para siempre su vida y afanes -escribe el hijo- al recuerdo vivo y fidelísimo de la compañera que tan prematuramente le había dejado: ¡a mí!". Estudia el bachillerato y obtiene el grado de Maestro de Primera Enseñanza en Barcelona en 1911. Para abrir horizontes intelectuales a su hijo, el padre obtiene traslado a Madrid en 1912, donde Juan Carandell se licencia en Ciencias naturales en 1913 y se doctora bajo la dirección de Lucas Fernández Navarro en 1914 con tesis sobre las calizas cristalinas del Guadarrama. También en Madrid entra en contacto con la Institución Libre de Enseñanza y con el Museo de Ciencias Naturales, donde en 1910 la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas organiza el Laboratorio de Investigaciones Geológicas que dirige E. Hernández-Pacheco. Es en este último donde Carandell conoce

² GIL MUÑIZ, A.: "Discurso de...". En *Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en la recepción de Don Juan Carandell el 30 de abril de 1930*. Córdoba, 1930, pp. 29-34.

VILA, P.: "Catalunya ha perdut un geògraf, Joan Carandell (La Publicitat, 18 de febrer del 1938)". En CARANDELL PERICAY, J.: o. c., pp. XIX-XXI.

SANTALO I PARVORELL, M.: "Una gran pèrdua: Joan Carandell Pericay (L'Autonomista, 12 d'octubre de 1937)". En o. c., pp. XVII-XVIII.

SOLE SABARIS, L.: "Juan Carandell Pericay, geólogo y geógrafo andaluz". En o. c., pp. V-XI.

HERNANDEZ-PACHECO, E.: "Don Juan Carandell (homenaje póstumo)". *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, Tomo XL, 1942, pp. 85-91.

Siempre que se citen estos autores nos referimos a las obras reseñadas.

³ CARANDELL, J.: *Gregorio Carandell y Salinas (25-V-1860; 3-IV-1926). Mi oración en la muerte de mi padre*. Madrid, Imprenta de la Librería y Casa Editorial Hernando S.A., 1926, 29 pp.

a Fernández Navarro y al geólogo y prehistoriador Obermaier con el que, como colaborador, realiza fructíferos estudios sobre el glaciario en toda España.

Obtiene en 1917 plaza en las oposiciones de Catedráticos de Instituto de Ciencias Naturales, siendo destinado al de Cabra en 1917 y trasladado al de Córdoba en 1927, donde permanece hasta poco antes de morir, siendo ambos institutos advierte Hernández-Pacheco, que también regentó cátedra en uno de ellos, "los únicos centros oficiales de Enseñanza media adecuados para tal fin que existen en España".

Mientras tanto también contrae matrimonio con Silveria Zurita, de Bujalance, que debía estar a la altura de sus inquietudes, pues se tiene noticia de que le ayuda a la traducción de la obra de W.M. Davis, y se licencia en Farmacia por la Universidad de Granada en 1926 en pocas convocatorias, lo que le permite regentar sin más y como ayuda económica una farmacia en Córdoba.

Este período andaluz de Carandell -1917 a 1936- es de fructífera y frenética actividad viajera, bibliográfica y educadora, por lo que queda consagrado como eminente intelectual y científico naturalista, cual prueban algunos reconocimientos significativos: miembro de la Real Academia de Córdoba en 1929, para cuyo ingreso redacta precisamente el texto que ahora publicamos, miembro igualmente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid en 1935, corresponsal de la de Málaga, representante oficial del Ministerio de Instrucción Pública en el XII Congreso Geográfico Internacional de Cambridge, en el Centenario de la Sociedad Geológica de Francia, participación y responsabilidad en el XIV Congreso Geológico Internacional etc.

En 1936 se desplaza a Madrid donde le sorprende la guerra civil, separado de su familia, que no volverá a ver. De allí pasa después a Pals, cerca de Figueras, donde redacta y termina su ensayo sobre el Ampurdán. Y allí también muere el 30 de septiembre de 1937. Dice P. Vila que en el Ampurdán se encontraba en "cura de reposo y (que) aprovechaba las vacaciones forzosas en estudios de geografía ampurdanesa", ya que le dejó malparada su salud la excursión a los Alpes con la Sociedad Geológica de Francia. E informa también este autor que en una carta de Carandell a un amigo antes de morir sentenciaba estoicamente con Motaigne: "La muerte si ha de venir, vendrá, y me encontrará en la mejor actitud: trabajando".

Parece claro por multitud de testimonios que nuestro autor fue influido sobremanera en su talante personal, científico e intelectual *por su padre y por la Institución Libre de Enseñanza*. Del primero, profesional ejemplar, que "abrazó la santa cruz del Magisterio español" -según expresión del propio Carandell- aprendió a ser un "hombre noble y bueno" (Gil Muñiz), pero también otras actitudes y aficiones más concretas: "a conocer y amar la naturaleza, poema central de su vida" (Solé Sabarís); la pasión por la educación integral y la amplia cultura; el "excursionismo infatigable"; la defensa a ultranza de la enseñanza oficial; e incluso la alta valoración de la cartografía, dadas las aptitudes del padre para ella. La "oración" citada de Carandell a la muerte del padre es el poema apasionado de cuanto debía a Don Gregorio Carandell y Salinas.

Respecto a la Institución Libre de Enseñanza hay que decir que no hay autor que más cite Carandell que Giner de los Ríos y está claro que su talante integérrimo y elegante, su pasión por la ciencia y la naturaleza, su "ansia de paisaje", la exaltación del excursionismo, su idealismo fructífero, su tolerancia religiosa, su elitismo intelectual y su concepción educativa etc. mal pueden explicarse sin esta influencia. De forma que Carandell creo es un prototipo casi perfecto del intelectual creado por la Institución. Así lo señalan P. Vila, Solé Sabarís y Gil Muñiz, que sintetiza como sigue la doble influencia reseñada: había en él -dice- "elevados destellos pedagógicos, vividos en la escuela del padre y desarrollados en contacto con el insigne Don Francisco Giner, el maestro de todos, aún de los que no creen en él".

Al intentar, por otra parte, el *retrato espiritual e intelectual* de Carandell, sin duda a causa de su carácter y de las influencias reseñadas, aparecen unos rasgos muy claros que sintéticamente expuestos son: actividad frenética y polifacética que proviene de una sed de saber sin límites; pasión educadora que Solé califica de "apostolado pedagógico elevado a la categoría de sacerdocio"; "meritísimo geógrafo" (P. Vila) y geólogo, aunque también "naturalista" en sentido amplio y divulgador de casi todo; excelente escritor y dibujante. En suma Carandell "además de pedagogo y hombre de ciencia fue un artista" (Solé).

APORTACIONES BIBLIOGRAFICAS DE CARANDELL.

Más de 50 publicaciones originales nos dejó Carandell según Solé, pero, incluyendo las de todo tipo, nosotros conocemos aproximadamente 150, sin

que el catálogo esté cerrado. De ellas, en torno a la mitad son de Geología y Geomorfología, siguiéndole en importancia las de carácter geográfico no físico: de Geografía regional, humana, historia y pensamiento geográficos etc. Capítulo importante y atrayente de la obra carandelliana es el de excursiones -didácticas y científicas- y literatura de viajes, del que se conocen una treintena. Pero nuestro autor escribió de muchos más temas: Prehistoria, Etnología, instituciones y problemática docentes, traducciones y temas de actualidad o difícilmente clasificables. Y no se olvide su obra gráfica, que bellamente ilustra toda su producción -estesiogramas o bloques- diagramas, cortes geológicos, perspectivas y panoramas, dibujos de todo tipo-, que hizo para otros autores -Obermaier o Bernaldo de Quirós- que, como auténtico innovador le llevó a publicaciones específicas sobre estos temas semiológicos.

En todo caso, siguiendo a Hernández Pacheco hay tres etapas en la obra de Carandell: la primera casi puramente geológica y en la que resaltan sus trabajos glaciológicos; la segunda, de transición, desde que viene a Andalucía, en que alterna la Geología y la Geomorfología, principalmente andaluzas; y la final, de gran madurez, en que se orienta "decididamente hacia los estudios geográficos, geomorfológicos primero y antropogeográficos después".

Por otra parte los *espacios geográficos* estudiados por Carandell carecen de límites: el mundo entero y Europa -especialmente Portugal, Francia y Gran Bretaña- son aludidos y analizados en sus obras más generales. Pero es España, que se conoce palmo a palmo, la que estudia profusamente: Montes Ibéricos, Cordillera Cantábrica, Sistema Central -especialmente Guadarrama y Gredos-, los Pirineos, la Mancha, León, Mallorca, Asturias, Canarias, etc., amén de Cataluña y Andalucía, que merecen especial referencia.

Respecto a Cataluña destaca su excelente estudio *El bajo Ampurdán. Ensayo Geográfico*, de madurez geográfica definitiva, de reencuentro como "geografía vivida" de sus orígenes, de profundo catalanismo, que le lleva a erigir esta comarca catalana en casi el ideal geográfico, económico, social y espiritual de su pensamiento. No obstante, aunque Carandell "siempre conservó gran amor y afición a su tierra natal y fue gran admirador de Cataluña, de ningún modo (fue) catalanista en el sentido de desear la segregación de Cataluña del conjunto hispano, porque tenía en los entresijos del alma el sentimiento de la valía del conjunto hispano, y en el cerebro el concepto de la perfecta unidad de orden geográfico de la Península hispánica" (Hernández-Pacheco).

Pero sobremañera Carandell es "geógrafo y geólogo andaluz", siendo muy pocas las comarcas de esta región que no fueron objeto de su estudio. Ronda y el río Guadiaro, Vega de Antequera y el Guadalhorce, Sevilla y Carmona, Málaga y todos sus alrededores, Riotinto y Huelva, Cazorla y Jaén, el Campo de Gibraltar, Granada y sus aledaños, las Béticas en su conjunto etc. merecieron sus análisis y la exaltación de sus paisajes. Pero, aparte todo esto, son tres los espacios en los que incide especialmente nuestro autor y a los que dedica muchos y excelentes artículos, quizá los mejores: la provincia de Córdoba (en su conjunto, Sierra Morena, Valle del Guadalquivir y Campiña), Caba y sus alrededores o sea las Subbéticas cordobesas y Sierra Nevada y las Alpujarras. En los dos primeros casos sin duda porque la proximidad de domicilio le proporcionó un campo de estudio muy a mano, en el último porque en su belleza y ejemplaridad geológica y geográfica le cautivó desde que las recorriera por primera vez con Obermaier. En todo caso el lector de estas notas puede hacerse una idea justa de la geografía andaluza de Carandell por "Andalucía: Ensayo Geográfico", que como escribió P. Vila es una "síntesis de todos sus trabajos" -hasta entonces- sobre la región.

ANDALUCIA: ENSAYO GEOGRAFICO.

Conozco dos ediciones de este ensayo⁴ de las que hemos escogido la que reproduce completo el discurso de recepción de Carandell en la Real Academia de Córdoba. Del otro falta el exordio y el epílogo y si bien éste es exclusivamente retórico el exordio contiene ideas muy interesantes, aunque ajenas -hasta cierto punto- al argumento de la parte central.

En efecto, observe el lector como en la introducción aparecen en primer lugar temas claves para comprender la personalidad y el pensamiento de Carandell que ya conocemos: "su temperamento inquieto, que bien a pesar mío a veces, me distingue" y sus "energías impetuosas" que hasta pueden pecar de "desordenadas"; su optimismo ideológico que lo lleva a creer en "la nueva humanidad" con "sus nuevos templos" (bibliotecas, laboratorios, Academias); su pasión por la educación y la enseñanza- "Maestro de juventudes"- y su defensa

⁴ CARANDELL, J.: "Andalucía: Ensayo Geográfico". En *Discursos leídos...* pp. 5-25 y *Boletín de la Real Academia de Córdoba*. nº 27, 1930, pp. 113-131.

por la enseñanza oficial -"bendita Escuela Nacional"-; su temperamento artístico y la relación entre poesía y ciencia; su obligada cita de Giner.

Pero interesante en el exordio es también la amplia digresión sobre sus "ansias de paisaje" y su correlato sobre la necesidad "de un pueblo culto de conocer su propio país". Y a este respecto certeras son sus apreciaciones sobre la cartografía y "alzas" como instrumento para poseer un "archivo del paisaje"; sobre la virtualidad de éste, ya que todo es "producto del paisaje", cuyos básicos condicionamientos son "físicos"; sobre la irrupción tardía de lo paisajístico en literatura, que sólo se ha podido estudiar muchos años después.

Pero se trata sólo del prólogo o introducción. El objeto central del discurso de Carandell es describir y explicar -que advierte no es lo mismo y que de ambas tareas se ocupa la Geografía-, el paisaje de Andalucía. Y para ello realiza mentalmente dos cortes meridianos de la región, uno de Norte a Sur desde las Ermitas de Córdoba y otro de Sur a Norte desde Sierra Nevada. El primero desde luego es mucho más completo y sistemático, resultando, no obstante, también de interés el segundo como complementario de algunos elementos antes analizados. El esquema de la estructura del discurso es el que sigue:

Esquema del Contenido.

A) Corte meridiano N-S desde las Ermitas de Córdoba.

1º-. Los grandes elementos del relieve andaluz:

- * Borde de la Meseta Ibérica = Sierra Morena.
- * Valle del Guadalquivir.
- * Cordillera Pre-Bética: Sierras de Cazorra, Mágina, Jabalcuz, Cabra, Priego, Rute, Yeguas, Pruna y Grazalema y Ubrique.
- * Sistema Bético por antonomasia: Sierras Filabres, Nevada, Almirajara, Tejada, de las Cabras, del Torcal y Abdalajis, del Burgo, de Tolox, la Serranía de Ronda.
- * Altiplanicies intermedias: Baza y Guadix, de Granada, de Antequera y Bobadilla, de Ronda.

2º-. Las dos Andalucías tectónicas: la africana y la europea.

3º-. La Meseta Ibérica o Sierra Morena:

- * Sus unidades aledañas: Valle de los Pedroches, Sierras de Alcudia y Fuencaliente de los Santos, etc.

- * Plegamientos antiguos arrasados = penillanura.
- * Su imprecisa prolongación septentrional.

4º. El Guadalquivir:

- * Río maduro: sus terrazas.
- * Su acción destructora y desforestadora.
- * Río meandrizante y que divaga.

5º. La Campiña de Córdoba:

- * Sedimentos marinos y formas horizontales.
- * Emplazamiento de los pueblos campiñeses.
- * Erosión y modelado.
- * Poblamiento en grandes pueblos y acción colonizadora.
- * Estructura de propiedad y cultivos.

6º. La Cordillera Pre-Bética desde el Picacho de la Sierra de Cabra:

- * Karst y fuentes.
- * Panorama paisajístico.
- * Las altiplanicies interiores y su origen y constitución litológica.
- * El drenaje de este surco y la lucha de cuencas: la problemática de los ríos Guadiana Menor, Genil, Guadalhorce y Guadiaro.
- * El Torcal de Antequera modelo de paisaje kárstico andaluz.
- * La Campiña de Granada: el Genil, la ciudad, el Trevenque.

7º. Sierra Nevada con el Mulhacén y el Veleta.

- * Montblanc de España. "El paisaje más amplio y sintético de Andalucía". Exaltación estética con textos de Bory de Saint Vincent, Ibáñez Ibero-Perrier, Wilkomm, Dr. Bide, Rojas Clemente, Verdeguer, Alarcón y Villaespesa.
- * "Síntesis botánica de España" con "todas las zonas botánicas del planeta": los pisos de vegetación.
- * Interpretación tectónica de Sierra Nevada.
- * El modelado glaciario.

B) *La "vuelta de horizonte": corte meridiano S-N desde Sierra Nevada.*

- 1º. Los elementos visibles del paisaje: vega de Granada, altiplanicies de Guadix y Baza, Sierras de Cazorla, Mágina, Jabalcuz, Martos, Alcaudete y Sierra Morena.

- 2º.- El Genil y su comparación con el Guadalquivir.
- 3º.- El origen de la Vega de Granada y la Campiña cordobesa. El arribamiento del Guadalquivir sobre Sierra Morena.
- 4º.- El escarpe de Sierra Morena y los meandros encajados del Guadalquivir. Sus posibilidades hidráulicas.
- 5º Los paisajes de Sierra Morena:
 - * Tres paisajes: proximidades del Guadalquivir, Valle de los Pedroches, alineaciones limítrofes con Ciudad Real.
 - * Paisaje botánico y agricultura.
 - * La minería mariánica.
 - * La complementariedad Sierra-Campiña-Sierras mesobéticas.

Vista el anterior esquema, que por supuesto el lector debe completar con la lectura completa del discurso, las siguientes observaciones quizás ayuden a su mejor comprensión:

1º.- Sin duda alguna el corte escogido por Carandell "sintetiza el paisaje andaluz" porque recoge perfectamente sus grandes elementos.

2º.- Estos elementos (apartado A, 1º del esquema) coinciden esencialmente con los que muy posteriormente han delimitado la Geología y la Geografía a condición de modificar algunas denominaciones ("Pre-Bética" que hoy tiene una connotación más específica, "Surco intrabético" por altiplanicies intermedias) y ajustar algunas unidades concretas de relieve en las que Carandell yerra.

3º.- Nuestro autor en su descripción prima los elementos físicos o de relieve, aunque sin rehuir los humanos, lo cual es coherente por dos razones: su formación de geólogo y la convicción de que en el paisaje y en la Geografía dichos elementos son los realmente estructurantes y casi condicionantes. Así lo dice también en el exordio del discurso a propósito del paisaje.

4º.- Se podría hacer el ejercicio de relacionar cada parte del discurso con publicaciones anteriores del autor y se comprobaría que casi todo lo expuesto lo ha tratado ya antes. Por ello se dijo que este ensayo sintetiza lo hasta entonces

estudiado de Andalucía por él. Ello a su vez confiere solidez a lo expuesto, aunque ahora sea cuando engarza y comprende globalmente a toda Andalucía.

5º.- Se reconocerán en el ensayo elementos básicos que Carandell además convierte en atalayas de observación -Picacho de la Sierra de Cabra, Sierra Nevada-, lo que obedece no sólo a su privilegiada situación sino a unidades paisajísticas que él había estudiado con especial cuidado y fruición.

6º.- Como de inaudita he de calificar la destreza científica y formal de Carandell para sintetizar en muchos pasajes problemáticas complejas y difíciles, para diagnosticar con suma precisión los elementos claves de paisajes complicados. Muchas veces da la impresión que no se puede decir más con menos palabras.

7º.- Nótese en todo el discurso la introducción de apreciaciones estéticas: vibrando por la belleza del paisaje, utilizando la erudición y elementos literarios, cuidando el estilo. Este, no obstante, en general es más ampuloso que el que utiliza normalmente, lo cual sin duda obedece a que es una pieza oratoria y no un artículo científico.

Por todo lo expuesto, creo que el ensayo que sigue es una de las obras más insignes de Carandell, por bella formalmente y por seria geográficamente.

"Andalucía: Ensayo Geográfico". Discurso de D. Juan Carandell*

Excmo. Sr.;
Señores Académicos;
Señoras y Señores;

Cuando la Real Academia de Córdoba me llamó a su seno a fines del año 1928 sin duda debió tener en cuenta ya que no mis méritos, lo que de mí mismo pudiera prometer el temperamento inquieto que, bien a pesar mío a veces, me distingue. Un hombre inquieto, travieso, de esos que como vulgarmente se dice quisieran estar en todo lo que sea laborar con desinteresado afán, es preciso situarlo, es decir, encauzar sus energías impetuosas, quitándoles lo de desordenado que tengan, y traer el caudal a las tierras llanas, suaves, donde el agua se remansa y fertiliza. Tierra llana, suave, apacible, tranquila, es para mí la Real Academia de Córdoba, como trasunto del paisaje bético; hasta el antiguo edificio que ocupa llega el

suave acento del Guadalquivir, cuyos plácidos meandros tienen la curva del seno de mujer que amamanta al hijo de entrañas, que es la Vega.

La Real Academia de Córdoba, pues, toma de la mano a este hombre cuyas sempiternas inquietudes no casan con las canas que a modo de castigo la naturaleza le ha enviado, y a su vez yo quiero disponerme a canalizar el torrente que llevo en mí con el fin de sintonizar sus ondas irregulares, de ritmo descompasado, con las vuestras, que son como latidos de un corazón que vibra en perenne madurez, porque anidan en él los sentimientos más puros del alma cordobesa. Porque la Real Academia de Córdoba, sean cuales fueren los derroteros que Córdoba haya a tomado, tome o tomaré, constituirá siempre el tesoro de la ciudad, tan valioso como el más valioso de sus monu-

* "Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en la recepción de Don Juan Carandell el 30 de abril de 1930", pp. 5-25.

mentos. Los monumentos son la reliquia del pasado. La nueva humanidad, que será más feliz que la presente, levantará también sus templos; pero esos templos serán bibliotecas y sobre todo laboratorios y Academias. Píazca a los hados que la Real Academia de Córdoba, por sus libros y publicaciones, pedazos del espíritu y girones de la vida que van dejando, como semilla al viento, los egregios miembros que la componen, siga siendo siempre el puro metal que queda en el crisol donde el tiempo va quemando inexorablemente tantas vanidades inútiles y tantos prestigios flor de un día, y que sea la suprema institución mentora de los destinos de Córdoba; más aún, los destinos de Andalucía, que son los de España, pero que deben ser los de algo que vale tanto como este suelo: América, ya que no África.

Es, pues, tan elevado el sitio que se me ofrece, coloco a tal altura la misión de una Academia de ejecutoria tan noble, de nombradía tan universal como la de Córdoba, que yo, al llegar a esta cuartilla, me siento desfallecer. Más es preciso mirar adelante, avanzar hacia el peligro, hasta caer inclusive. No puede retroceder quien lleva un título, el título de Maestro de juventudes, porque fácilmente se adivina que la Real Academia honra no tanto a la persona a quien ha llamado, sino a toda una colectividad, que tendrá

sus defectos, porque las colectividades son algo que no vive fuera de las órbitas planetarias, sino que se nutre de la misma sociedad a quien da las luces del entendimiento... Esta colectividad que me manda, con gesto invisible pero con gesto que percibe quien siente los dictados de la conciencia colectiva, es la pléyade de Maestros de Escuela que desparrramados por los ámbitos del solar español arañan con el pobre arado romano que ponemos todos en sus manos la corteza reseca y dura de los páramos en que se agostan los cerebros del pueblo; son esas legiones de profesores de Institutos, Escuelas Normales, de Comercio, de Oficios, de Peritaje Agrícola, de Veterinaria, de Universidad, que se debaten no pocas veces en la incomprensión, en el egoísmo, en la rutina, y que quieren trabajar sobre un yunque robusto, compacto, amasado con inteligencias y con sentimientos captados por aquella bendita Escuela Nacional, a la que debieran acudir todos los españoles del mañana sin distinción, de igual modo que rondando los tiempos hasta en España ya es legal y efectivo el precepto que después obligará a esos mismos españoles, sin distinción tampoco, a empuñar las armas, sean las que defienden en el frente un pedazo de territorio, o una idea, o las armas del libro, del laboratorio, de la fábrica, del campo, que a retaguardia nutren y cubren a los

que el turno situó en el que ha venido llamándose campo del honor.

Para redactar un mal discurso de ingreso que leer desde esta tribuna por donde han desfilado oradores y recipiendarios ilustres, el año y medio transcurrido desde la fecha de mi elección ha sido largo. Y, como todos los que nos quedamos en la categoría de eternos aprendices, me he visto forzado a ensayar varios temas. ¡Octubre de 1928! ¡Qué años esos últimos, sobre todo desde el 26! ¡Qué años de prueba para el profesorado nacional! Recuerdo muy bien cómo mi pluma, que es torpe más no remisa, rasgueaba con afán sobre cuartilla y más cuartillas. Se trataba de un discurso de ingreso que no os voy a leer. Ese discurso queda por ahora archivado, para reaparecer cuando y donde sea preciso, aunque ya no tendrá el valor que hubiera tenido antes de finalizar el mes de enero de este año histórico y de coincidencias tan aleccionadoras. A falta de méritos literarios y doctrinales, permitid que os diga que hay en él un fondo de repulsa contra algo que en fechas recientes gozó de la máxima y arbitraria infalibilidad.

Ese discurso nonnato es, como el libro que no se ha escrito, el desahogo de un espíritu aherrojado que tuvo por lema, en cuestiones de fundamental ciudadanía cultural y

ética, una palabra: no conformidad. Leído ahora mismo, no habría perdido ni un átomo de actualidad, por que otra vez vuelve a ponerse sobre el tapete la eterna cuestión del bachillerato o enseñanza no secundaria, como vulgarmente y con notoria impropiedad se dice, sino enseñanza media, y que es el verdadero eje de la cultura de un país, y, con mayor motivo, de la cultura nacional.

Y ahora sí que puedo decir, subrayando el pensamiento de los que me escuchais, que nunca segundas partes fueron buenas. No tanto porque el tema que voy a tratar brevemente no encaje mejor, si cabe, en mis aficiones y aprendizajes; sino porque todavía resuenan aquí las cadencias suaves, placenteras como un madrigal o un nocturno de Chopin, con que el paisaje y el alma cordobeses fueron cantados por un poeta no ha muchas semanas. Después de la poesía ¡qué ingrata al oído suena la prosa! ¡Ni cómo vestir con ropaje literario los planos y las aristas de la ciencia!

Hace cinco años tuve la honra de disertar ante esta Academia acerca de la Sierra de Cabra como centro geográfico de Andalucía. Cuán lejos estaba yo entonces de que al cabo de poco tiempo hubiese de venir a Córdoba y algún día volviese del revés aquella conferencia, estudiando tam-

bién el paisaje andaluz desde aquí, ya que antes lo hiciera desde el Picacho de la Virgen de la Sierra por antonomasia.

El paisaje geográfico, la faz del pedazo de tierra en que vivimos, exige, como todo rostro de mujer, un espejo en que contemplarse. Y este postulado, esta exigencia, me la planteo siempre que contemplo una perspectiva, formulando esta pregunta: ¿cómo se verán los términos inmediatos al que constituye la atalaya desde donde miro, embriagado, el panorama, cómo se verán desde los más lejanos picos que cierran el horizonte? Esta pregunta resume mis ansias de paisaje; nunca me quedo satisfecho con ver de él una cara, cual telón de teatro, sino también el revés. Es lo mismo que debiera sucedernos en todo instante a los hombres: no sólo ver, por introspección nuestra alma interior, sino versos totalmente desde muy fuera y desde muy alto.

El ilustre profesor norteamericano, Willian Morris Davis formula así la exigencia a todo hombre que aspire a ser culto y moderno:

«Un pueblo culto debe conocer su propio país. El quantum de civilización de un pueblo viene representado por el cuidado con que está reconocido su territorio. Conócete a tí mismo es un aforismo tan aplicable a una nación como a un hombre».

El territorio nacional, y particularmente el andaluz, está, en este respecto, muy bien reconocido topográficamente. Incluso la Sierra Nevada lo está por procedimientos barométricos, precursores de un estudio más completo en plazo no lejano. España cuenta, en el orden de la cartografía, con un servicio que está a la altura de las naciones más adelantadas.

Pero fuerza es consignar que los españoles andamos poco versados en asuntos de mapas. Conocemos malos mapas nacionales, a veces sólo a través de las socorridas guías de automóviles. Para hallar en un librería un simple mapa provincial, se ve cualquier ingenuo curioso en un verdadero apuro. Entre tanto, los buenos, los excelentes, los monumentales mapas topográficos españoles no son conocidos más que por unos centenares de Ingenieros de Caminos, de Montes, de Minas, Agrónomos, y del Ejército. El resto, no los conoce, o los conoce apenas.

Pero hay más que el mapa topográfico. Está lo que se llama su lectura, es decir, la interpretación de sus curvas llamadas de nivel o isohipsas.

Más esto tampoco es bastante. En todas partes del mundo los organismos oficiales se ocupan ya de

levantar no sólo la planta, que diríamos, de la superficie terrestre, sino el alza; en una palabra, la perspectiva natural considerada desde puntos singulares como los vértices geodésicos. No se me olvidará jamás la impresión que me produjo ver un día en el Instituto Geográfico Catastral de Madrid, y otra vez en la Sorbona, sobre sendos lienzos de pared, la formidable vuelta de horizonte, es decir, desarrollo sobre una ancha tira de papel que mide trece metros de largo, en que está maravillosamente representado todo cuanto se divisa desde la cumbre excelsa del Montblanc. Allí, el geodesta francés Helbronner, con la fotografía, con el dibujo y con la acuarela ha legado para la Humanidad el tesoro de los paisajes más sublimes de Europa. Y de esta guisa, franceses, alemanes, italianos, suizos e ingleses, rivalizan en ir archivando monumentales representaciones gráficas que, al acompañarlas a los mapas topográficos, causan sobre el estudioso la sensación de una nueva dimensión que complementa lo que siempre hay de adivinación y tanteo cuando se interpreta, cuando se lee un mapa.

En España se han echado jalones para esta obra ingente de poseer un *Archivo del paisaje*; pero no un archivo que esté muy bien guardado en los laboratorios y centros de Madrid para

uso de los elegidos que huyendo de la provincia en Madrid se quedan, sino un archivo que viva la vida de la letra impresa y la litografía, que circule de biblioteca en biblioteca, de escuela en escuela; que así como aspiramos a que cada ciudad, cada pueblo, cada reliquia histórica, tenga su historia documentada a base de la fotografía y el comentario crítico, cada población, o cada ciudad, o cada sierra, o cada río, tengan su libro atrayente que nos ponga en contacto con todo ello mediante la buena fotografía, la buena acuarela y el mejor y más fiel dibujo- aquí no cabe el arte libre y subjetivo, sino el arte ingrato de la esclavitud del cristalino humano a la realidad objetiva- al lado del buen mapa y al frente de la historia geológica y geográfica. Y sobre esto, la vida del hombre, que, desde su lengua y sus trajes y sus costumbres y tradiciones, hasta sus más insignificantes acotaciones económicas, todo, todo, es producto del paisaje, como éste es a su vez producto de la historia geológica, de la localización geodésica y del clima. Ya lo decía Giner de los Ríos al hablar del paisaje castellano.

Hemos nombrado un nombre: Giner. Inmediatamente he de enumerar otros, pocos, porque en punto a descriptores del paisaje, los españoles hemos producido poco, y sólo en tiempos recientes; nombremos antes a los extranjeros, a Teófilo Gautier, a

Mauricio Wilkamm, el inolvidable botánico, a Mauricio Barres, tal vez a Pierre Loti; y entre los nuestros, que no alcanzan más atrás del siglo XIX, a Jacinto Verdaguer, a D. Juan Valera, a Blasco Ibáñez, a Azorín, a Miró. Los demás autores no han sintetizado el paisaje; de él no han captado más que algún que otro detalle; la literatura española, como la griega, ha estado consagrada exclusivamente al hombre; ha producido realistas y observadores profundos, dramaturgos vigorosos, místicos de talla gigantesca; por el contrario, sería tarea difícil echar la mirada, con esperanza de éxito, sobre los paisajes. No así las literaturas germánicas e indias.

Remontemos, pues hora es ya de ello, el escarpe de Sierra Murena y situémonos en las Ermitas, ese bello mirador que tan grato debió serle a Grilo por cuanto, embriagado de panorama, se olvidó de hablarnos de éste para dirigir la mirada vertical al cielo... Allí haremos la primera estación de un viaje ideal que algún día, acaso no lejano, será corriente efectuar en muy poco tiempo, pero que yo realizaré mentalmente ahora, saltando a través de la Campiña hasta la cumbre de la Sierra de Cabra, y desde ésta, a la del Veleta, en Sierra Nevada, para regresar luego, al punto de partida y ver así el revés de la decoración, el reverso de la medalla. De esta suerte, al mismo tiempo que

describamos y expliquemos, que son dos cosas muy distintas, el paisaje cordobés, explicaremos y describiremos el paisaje granadino y malagueño, con lo cual habremos sintetizado el paisaje andaluz al proyectar sucesivamente la mirada a lo largo de una línea casi meridiana que atravesando de Norte a Sur a Andalucía recoge de esta región los tres grandes elementos de que consta, elementos que antes de enumerarlos, y que ya adivináis, podéis representaros en el acto, y con fines de trabajo mental, como «hipótesis de trabajo» como -se dice ahora, por un tomo de enciclopedia echado sobre una mesa, pisando un cuaderno de papel o un block de cuartillas que empujáis por el borde libre contra el voluminoso libro que hace de muro resistente. Las cuartillas se ondulan, se arrugan; las de encima de todo acaban por resbalar sobre las otras al empuje de vuestra mano, pero con la otra mano seguís empujando siempre; en definitiva un mar rizado de ondas de cuartillas avanza contra el muro. Ahí dejáis la tarea; habéis construido, conmigo, la máquina con que se fábrica, en miniatura, una porción de la tierra que se llama... Andalucía. ¿Qué cuáles son en Andalucía aquel voluminoso tomo, y aquellas cuartillas, y esas ondas enhiestas y esos cóncavos valles? Hélos ahí: el tomo es la Meseta ibérica, y su lomo o tejuelo, el escarpe en cuyo borde, las Ermitas, estamos;

las ondas que resbalaron avanzando empujadas por una mano, las Sierras de Cazorla, Mágina, Jabalruz, Cabra, Priego, Rute, Yeguas, Pruna y Grazalema y Ubrique. Las otras ondas que tras ellas levantó la otra mano, las Sierras Filabres, Nevada, Almijara, Tejeda, de las Cabras, del Torcal y Abdalajis, del Burgo, de Tolox, la Serranía de Ronda; el Sistema Bético por antonomasia. Los cóncavos valles -y perdonad el adjetivo redundante más necesario para la asociación de ideas- son, sencillamente, las altiplanicies de Baza y Guadix, de Granada, de Antequera y Bobadilla, de Ronda, y, aludiendo al espacio que media entre el voluminoso tomo y las ondas de cuartillas que resbalaron en su avances, el Valle del Guadalquivir, de este Guadalquivir que arranca a Francisco de Rioja estas palabras:

*Corre con albos pies al espacioso
Océano, veloz tarteso río,
Así no ciña el abrasado estío
Tu dilatado curso glorioso,
pues -dice Góngora- dejando tu nido
cavernoso
De Segura en el monte más vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces soberbio, raudo y espumoso.*

Ya hemos definido, pues, Andalucía, y esta definición cabe traducirla no sólo a todos los idiomas, sino a todos los equipos mentales, por ser definición geo-

gráfica, no meramente descriptiva, sino explicativa; la descripción, y no más, no satisface al lector que quiere representarse, graficar en el cerebro, un país que desconoce. La geografía moderna describe explicando, con el cómo y el porqué impertinentes en los labios.

Traduzcamos a términos más científicos, pero en el fondo los mismos, lo que hemos dicho, acaso ramplonamente, del voluminoso tomo y del block de cuartillas. Aquél, es decir, la Meseta Ibérica, es un artificio más de nuestra hipótesis de trabajo; de libro no tiene más que lo de fuera; un prestidigitador nos ha jugado la inocentada; las tapas es lo único que el libro tiene de tal; por dentro, todo está arrugado y prensado; es que antes había cogido una cuantas resmas y las había comprimido fortísimamente; después colocó todo debajo de una guillotina y así simuló una cara del libro: sobre ella ha imitado la tapa que vemos por encima. La definición de la Meseta, con sus alledaños que se llaman Valle de los Pedroches, sierras de Alcuñía y Fuencaliente, Sierra de los Santos, etc., la tenéis completa. Un haz de ondulaciones, arrugas o plegamientos antiguos, y por tanto, una pretérita cordillera, que la guillotina secular de la erosión ha ido arrasando y transformando en una casi llanura. Otro

guillotinado normal a ese de la erosión ha cortado el tejuelo del falso tomo: es ese escarpe que desde la Sierra de Alcaraz, y quién sabe si desde la costa alicantina o más lejos, se dirige hasta el Cabo de San Vicente o más lejos aún, y que llamamos con imprecisión Sierra Morena; y digo con imprecisión porque de tal sierra únicamente está el tejuelo, es decir la vertiente bética o meridional, puesto que la vertiente septentrional no la ha visto nadie todavía, toda vez que habría que buscarla acaso en los alrededores de Toledo, o en las costas de Galicia; tan ancha es, pues, la divisoria que, lejos de ser una línea, una arista, es nada menos que la superficie inmensa de la ancha Castilla, interrumpida por otras arrugas que forman las Sierras de Guadarrama, Béjar, Peña de Francia, Gata y Estrella, y surcada por el Duero, el Tajo y apenas por el Guadiana.

Desde las Ermitas vemos al fondo dos siluetas; las más lejanas, blanqueadas por la nieve, asoman entre al Ahílo de Alcaudete y el macizo de Cabra, y constituyen la imponente Sierra Nevada; y por la derecha de la Sierra de Rute contemplamos las de Loja, Archidona, Jarcas, Cabras, Torcal y Abdalajis. La Campiña oculta momentáneamente las del Chorro, pero a la derecha de las Sierras de Estepa y Yeguas vuelven aparecer otras, que son las de Pruna y

Grazalema. Todo eso es el conjunto de las cuartillas onduladas y arrugas que han quedado rezagadas con respecto a las que resbalaron, como si viniesen al asalto de Sierra Morena y la Meseta, y que son las sierras de Cazorla, Mágina, Jabalcuz, Fuensanta, Ahílo, Cabra, Priego, Rute, Estepa y Yeguas, más esas de Pruna y Grazalema, que han resbalado menos, avanzando menos.

Permitidme que os diga que no es que Africa llegue a los Pirineos; Africa llega hasta la Campiña cordobesa; Europa, el elemento europeo de Andalucía, es Sierra Morena. Las invasiones geológicas recientes vienen de Africa (lo mismo que las humanas). Europa resiste en los escarpes de Sierra Morena. El Guadalquivir es, pues, geográficamente hablando, no literariamente, no en metáfora, el hijo de la negra Africa y el rubio continente eurasiático.

Córdoba, la Córdoba magna del califato, se asienta en la línea de enlace entre lo europeo y lo africano. Granada y Málaga, están sobre el pedazo de Africa que el Mediterráneo inunda en parte y separa aparentemente del continente negro. Así, pues, si Ganivet, lo mismo que Pi y Margall en «Las Nacionalidades», admitía dos Andalucías, la alta y la baja en sentido de Este a Oeste, yo postulo la existencia de dos Andalucías, la africana

y la europea separadas por el Guadalquivir y las Campiñas de Jaén, Córdoba y Sevilla.

¡Qué epopeya la de la última gestación de la región andaluza, la de ese colosal desgaje de la Meseta Ibérica que hoy contemplamos desde la Campiña cuando miramos el muro de la Sierra Morena, la de aquel ondularse y replegarse de los fondos del mar que surgieron al exterior de las aguas que llenaban el ámbito inmenso que se extendía desde la Sierra Morena hacia el Africa remota; qué grandeza la del fenómeno geológico en virtud del cual surgían primero una gigantesca cordillera, de la cual se destacaban con violento estrépido las elevadas cumbres y formando arrolladora falanje, cual marea de rocas, avanzaban hacia acá hasta que las resistencias pasivas acababan por detenerla en su marcha al ataque de Sierra Morena! Verdaguer canta la epopeya de la apertura del Estrecho de Gibraltar. Pero este hecho geológico y geográfico es insignificante comparado con la orogenia de los Alpes y con la génesis de la Cordillera Bética y del suelo andaluz. Sólo en el Ramayana se lee algo digno de este verdadero parto de los montes, acaso en Rudyard Kipling. Al ver a Ravana que corría con rápido vuelo con su arco y su dardo inflamado, el monarca de los simios salió a su encuentro, impaciente de medir sus armas con él. El soberano de los

monos arrancó con sus brazos vigorosos la cima de una montaña, y levantando aquella mole arrojóla contra el rey de los raksasas. Al ver aquella montaña que se precipitaba sobre él, de pronto, el héroe decacéfalo la cortó con unas flechas parecidas al cetro de la muerte. «Hanumat, que poseía la fuerza del viento, asió la montaña, lanzóse prontamente a los vientos con ella, y partió con rapidez». Cargado con su gran alpe, Hanumat descendió cerca de Lanka, y dió cuenta de su misión a Sugriva, a Rama y a Vibisana. El noble ragüida le dijo: «La obra que acabas de realizar, héroe de los monos, iguala a las acciones de los propios dioses. Pero es necesario que devuelvas esta montaña al lugar de donde la has tomado, pues es el lugar donde los dioses vienen a recrearse en cada nuevo plenilunio».

Pero basta de poesía; frenemos la imaginación. Decíamos antes...

Al pie del escalón de las Ermitas, de esa herida o cicatriz que nos permite comprender en el acto la estructura del alto país cordobés -el tomo voluminoso de nuestra hipótesis de trabajo- se extienden varias colinas, cuyo conjunto forma lo que llamamos por antonomasia el Brillante. Su altura sobre el mar es la misma que la de la Campiña. Representan un trozo de Campiña que la muesca del Guadalquivir separa de ella. Fijáos en que

esas colinas tienen un remate plano, con ligera inclinación hacia el valle. «Albarizas», «cuevas» «mesas» son nombres de cortijos. Aquí y allá canteras de caliza y hornos; por doquier, manantiales, huertas. La caliza está en bancos superpuestos, y con altura uniforme. Unidlos mentalmente por encima de los barrancos y cañadas y reconstruiréis el gran plano inclinado o «cuesta» que se extendía al pie de la Sierra de Córdoba y se continuaba insensiblemente con la Campiña. Pero el río lo ha cortado, y los torrentes de la Sierra, impetuosos, salvajes, han completado la obra.

Más allá el Guadalquivir, ciñendo a Córdoba, se nos aparece con toda la opulencia de un río maduro; pero ha sido joven en tiempos pretéritos; ha sido destructor, como sierra de cinta que muerde incansable la muesca de su propio lecho. Hoy discurre hondo; pero ciñen a ese Brillante otras pequeñas lomas cuya composición en conglomerados revelan las trincheras de las vías férreas aquellos gujarros son eco de una fase anterior en que el río discurre a más altura a mayor velocidad que hoy. Córdoba tiene su parte alta y su parte baja; las cuevas del Baillío, la calle de Claudio Marcelo, la de Jesús María son el escalón que separa dos tableros, dos terrazas, dos fases en ese ahondamiento que el Guadalquivir ha operado hasta adquirir, aquí en

Córdoba, el perfil de equilibrio que hoy tiene. Equilibrio, no; que el Guadalquivir es un río que vive la tragedia del que súbitamente adquiere caracteres torrenciales que le hacen abandonar la mansedumbre que de ordinario tiene, aumentando su caudal en cientos de veces al ordinario. Buena culpa de ello tienen los barrancos de la Sierra, que hienden el escarpe y lo recortan en un laberinto de afiladas cuchillas que por la mayor dureza de las rocas quedan en alto y avanzan hacia el Sureste hasta desaparecer bajo los terrenos de la Campiña; esos barrancos serreños vierten al Guadalquivir en pocas horas la casi totalidad de las aguas de lluvia caídas en un momento dado, esculpidas por un terreno impermeable y no retenidas por una masa de bosques que no sólo debiera constituir un lujo, gala y orgullo, y una fuente liberadora de cargas económicas para no pocos pueblos de la Sierra, sino que serían la esponja que retuviese las aguas salvajes y regulara el caudal del Guadalquivir.

Los meandros del río no están nunca fijos; el Guadalquivir divaga, es decir, muerde en unas riberas y regala detritus a las contrarias. Como todos los ríos, tiene un lento movimiento pendular. Ved los cortes que abre en las arcillas azuladas de la Campiña, a cuyas expensas el Guadalquivir va ensanchando más y más la planicie de su propia Vega, que aquí en

Córdoba, donde se inicia, es estrecha, pero que más abajo de Sevilla es amplísima.

Levantemos muy poco más la mirada, y toparemos con la Campiña. Por nuestra izquierda aparece en contacto con la Sierra Morena allá por los términos de Bujalance, Carpio, Pedro Abad; desde estos puntos hasta nuestra extrema derecha, enfilando casi el castillo de Almodóvar, la Campiña parece el mar; un mar con manchas verdes oscuras en unos sitios, los olivares, separadas por amplios espacios que cambian de color con el ritmo de las estaciones y que son verdaderas alfombras de flores en la primavera, y verdadero oleaje en los trigales cuando los azota el solano. La Campiña parece todavía el mar que fue en períodos no lejanos, y sus lechos arcillosos alternando con arenas conservan la casi perfecta horizontalidad que tienen los sedimentos que en el fondo de los mares se depositan. Hacia el Sur comienzan a aparecer ondulados, al empuje de las Sierras de Rute, Priego, Cabra, Alcaudete y sierras jienenses.

Casi todos los pueblos campiñeses están sobre suaves y redondeadas cumbres a altitud uniforme. Si pudiéramos devolver a la Campiña toda la tierra que los arroyos y regalos le han arrancado, sería plana como la palma de la mano. Cada

pequeño curso de agua es una sierrecita de cinta que corta aquí y allá, en afanosa labor de marquetería, y cincel de escultor que en lo que antes fue plana superficie, modela toda una teoría de repechos y suaves vaguadas. Una pregunta ahora: ¿por qué la Campiña no tiene, y agradeceríamos, ni los estratos de yeso ni el caparazón de calizas que dan un rasgo tan característico a los páramos castellanos y a la cuenca del Ebro? ¿Es que a causa de la comunicación constante que con el Océano tuvo el brazo de mar que la ocupara, no se concentraron aquellas sales minerales en una cuenca cerrada? ¿Es que el Guadalquivir y sus afluentes se lo habrían llevado todo, como si quisieran limpiar este suelo de todo lo que le quitase esterilidad, brindando así al hombre, al pueblo andaluz el regalo de esas arcillas tan fértiles, y más que las de ninguna otra región española?

Demos el salto a la Sierra de Cabra. Bajo nosotros desfila el Guadajoz, con sus recortados meandros, con aquel desplazarse continuo como un ofidio o como el péndulo de un reloj, ensanchando siempre su cauce y dando la impresión de un río demasiado pequeño para tan amplio valle como el que nos presenta en Torres Cabrera. Para dar una pincelada geográfico-humana, os diré que si nos acompañase un castellano de León o Palencia, se sor-

prendería de que en nuestro salto sólo distinguiésemos bajo nosotros media docena de grandes pueblos; el buen leonés no se explicaría porque en su tierra pasarían no de media docena, sino de un centenar largo de pequeños pueblos, e inmediatamente vendría a su labios el nombre de un Borbón ilustre que allá en el siglo XVIII implantó la primera Dictadura en España, la Dictadura de la inteligencia: aquel buen Carlos III que no ya una plaza, sino el mejor monumento debiera tener en Córdoba. ¡Manes de Olavide y de Polo de Alcocer! ¿Porqué no ilumináis la inteligencia de nuestros hombres agrarios para que la colonización de la Campiña prosiga y no exista el cada vez más peligroso desequilibrio entre una ciudad y unos pueblos tentaculares, y un campo desierto que impide la pequeña propiedad y el cultivo intensivo e integral de la tierra, haciendo de ésta una cadena de industrias de la que hoy faltan casi todos los eslabones?

Pero ya estamos en el Picacho de la Sierra de Cabra, es decir, sobre una de las encrespadas ondas que avanzaron resbalando en nuestra experiencia fundamental. Por doquier, cresterías de caliza, que en mascara el agua que guarda avaramente en lo profundo de las entrañas, La Fuente del Río, en Cabra, la Fuente del Rey, en Priego, y mil más. El paisaje

calizo reserva estas sorpresas; es la esponja que envía a lo hondo el agua de lluvia, y la rezuma en las faldas de la montaña. Si nuestros hombres de la Sierra Morena creyesen más en la función social de la propiedad y menos en el acomodaticio derecho romano, vería en los bosques también una esponja; mil fuentes aparecerían por todas partes, y en lugar del cultivo de secano en tanta extensión, tendríamos no poco regadío por doquier y no pocos pequeños propietarios verdaderos artistas de la agricultura, en vez de esos infelices que vemos cómo desmontan criminalmente -aunque el crimen está, o se forja en otro lugar en nombre del orden- las laderas de Sierra Morena.

Mirando al Sur siempre, tenemos ante nosotros, ya cerca, la Cordillera Bética, que en parte ocultan las moles del Lobatejo, de la bravía y encrespada Tiñosa de Priego, cual ola de rocas que amenaza pasar por encima de la Sierra de Cabra y de la Sierra de Rute. Y ahora sí que podemos contemplar a nuestro sabor la majestuosa Sierra Nevada, que se nos presenta como un cúpula de serenidad de perfiles verdaderamente iñaudita, sobre la cual se posa el manto immaculado de la nieve. Más allá, hacia el Este, se alinean las crestas de la Sierra Harana y de Baza, y más acá desfilan según viramos la mirada hacia el Sur y el Sudoeste los grandes

eslabones del Sistema Bético que ya habíamos columbrado desde las Ermitas de Córdoba, pero que vemos ahora desde mucho más cerca. Tras las sierras de Yeguas y Mollina divisamos la cuenca cerrada de Fuentepiedra, con su esteparia laguna, reliquia del manto lacustre que hasta tiempos recientes ha ocupado la altiplanicie de Antequera, gemela de las altiplanicies rondeña, granadina y de Guadix y Baza, las cuales, precisamente por haber quedado prematuramente aisladas del gran brazo marino del cual es herencia la Campiña cordobesa, tienen hoy en sus suelos el elevado coeficiente calizo y yesífero que tan malas tierras de labor hacen.

Todas estas cuencas primero marinas, lacustres después, y drenadas hoy por los ríos Guadiana Menor, Genil, Guadalhorce y Guadiaro, son el plano sobre el cual habrían resbalado la Sierra de Cabra, en cuyo Picacho estamos, y las que con ella, Sierras de Rute, Priego, etcétera, forman la Cordillera PreBética.

De esos cuatro ríos, dos, el Guadiana Menor y el Genil, van al Guadalquivir; el Guadalhorce y el Guadiaro se desvían al Mediterráneo. El más interesante de todos es acaso, en este momento de la disertación, el Guadalhorce; este río es un río extraño a la gran cuenca del Guadalquivir;

es un río que antes se formaba en las proximidades del famoso Tajo de los Gaitanes; pero como todos los ríos realizan constantemente una labor de zapa, acabó por apoderarse de las aguas de la cuenca lacustre de Antequera y Bobadilla y robarlas al Genil, llevándoselas a Málaga, al Mediterráneo. Otro río, el Guadalfeo, granadino, amaga un constante y progresivo robo de aguas al Genil, que son derivadas al Mediterráneo, valiéndose del río de Padul.

Dediquemos sólo dos palabras al Torcal de Antequera, que se divisaba ya desde las Ermitas y que vemos ahora mucho mejor, y al Tajo de Ronda, cuya situación se adivina admirablemente desde el Picacho de la Sierra de Cabra. El Torcal, el Tajo de Ronda y la Gruta de las Maravillas son la trinidad de los paisajes calizos o «cársticos» de Andalucía; son el modelado o laboreo de la erosión a cielo descubierto y bajo tierra, respectivamente.

Pero hagamos la segunda etapa de nuestro vuelo, y lancémonos al espacio en demanda del Pico de Veleta, gemelo del Mulhacén, a los 3470 metros sobre el mar, once menos que la reina de las cumbres españolas, y cualquiera de ambas reputable de Montblanc de España.

Carcabuey, Priego, Almedinilla, repiten el paisaje egabrense, el oasis

como la calificara Valera, con sus aguas en eterno murmullo, sus huer-tas que ofrecen, amorosas, un trabajo constante que es arte y que es grato juego. Pasado el Parapanda, mien-tras la Sierra Nevada se agiganta, ábrese bajo nosotros la Campiña de Granada, y en su centro, el trazo verde del Genil y sus riberas. Gra-nada se recuesta al pie de las colinas acumuladas por el gigantesco torren-te en que antaño se resolvían los grandes glaciares de Sierra Nevada, hoy casi reducidos a la nada, al Corral de Veleta. Pasamos sobre la más africana de las ciudades andaluzas si hemos de ser consecuentes con afirmaciones anteriormente formula-das. Por un momento parece que ante nosotros, y adosadas a la gi-gantesca cúpula de la Sierra Nevada reaparecen las siluetas recortadas, atormentadas de la Sierra de Priego; es el Trevenque, acaso sea la misma cuartilla que resbaló y llegó hasta donde están las Sierra de Cabra y demás.

Ese Trevenque tiene más de dos mil metros; sin embargo, sus pro-porciones quedan anuladas; cuando lleguemos a la pequeña meseta del Picacho de Veleta, apenas acerta-remos a hallarlo: tan bajo queda.

La nieve deslumbra los ojos; imponentes tajos señalan las colosa-les fracturas que el macizo ocultaba

a nuestra mirada; aquí y allá unos círculos negros, en los que flotan témpanos de hielo verdosos como esmeraldas, señalan otras tantas lagunas que algún día trocarán su inútil quietud en colosal energía eléc-trica; lagunas en cuyos espejos todavía parece reflejarse por las noches el espíritu de Muley Hacén, padre de Boabdil. Ya estamos posados sobre el Veleta. Por fin descubrimos el mar o menos de 40 kilómetros en línea recta. Entre él y nosotros, los pliegues de la Sierra Nevada y de las de Lujar y Contraviesa; la Alpujarra, el tráfico baluarte de los árabes, el borrón de la Reconquista. No cedamos todavía a la tentación de volver la espalda, y sigamos mirando hacia el Sur. Aplacemos unos instantes la impa-ciente voluptuosidad de saborear el paisaje más amplio y más sintético de Andalucía. Entretengamos y deleite-mos el espíritu no con la árida prosa de quien os dirige la palabra, sino con la de los Bory de Saint Vincent, Boissier, Wilkomm, Ibáñez y Perrier, y el Dr. Bide, sin olvidar a los Rojas Clemente, Alarcón, Castelar y Villaespesa.

Bory de Saint Vincent, Oficial de Estado Mayor de las huestes napoleónicas y autor de una «Guide du Voyageur en Espagne» editada en París el año 1823, habla de Mulhacén y el Veleta como de «inmensos dominadores del horizonte» desde los

cuales se divisan al mismo tiempo «la Sierra Morena, treinta leguas distante aproximadamente hacia el Norte, y las costas de Africa, alejadas cuarenta y cinco leguas por el lado Sur, cuando menos». «El observador, maravillado, que en un día puede llegar desde una playa ardiente hasta las cimas heladas, ve, en seis a diez leguas de trayecto, cómo la naturaleza cambia de aspecto bajo sus pasos, como si por una potencia mágica se hubiese elevado, de un salto, desde el Ecuador hasta las regiones polares...».

El suizo Edmundo Boissier, allá por el año 1839, descubre la Sierra Nevada desde el velero cuando al pasar frente a Motril divisa con emoción las cumbres heladas detrás de las sierras de Lujar y Contraviesa. «Este paisaje sublime por sí mismo tenía yo la dicha de verlo bajo un aspecto que hacía valer tanto todas sus bondades; todo se reunía para excitar el entusiasmo del viajero, la llegada a la meta deseada tanto tiempo, la grandez de esta natura, la fuerza de los recuerdos que planeaban sobre esta tierra sagrada».

En 1879 la Comisión hispano-francesa presidida por el insigne geodesta español Ibáñez, llevaba a cabo una resonante proeza científica: la unión geodésica del Mulhacén con la costa de Orán, mediante destellos

luminosos que remedaban el nostálgico adiós tendido entre los dos baluartes del pueblo hispano-árabe. «El pico de Mulhacén, escribía Perrier, iba a ser testigo de los prodigios de la ciencia...: la producción de un haz luminoso eléctrico de una intensidad suficiente para ser dirigido con precisión y eficacia a la costa africana, siempre invisible a simple vista, a una distancia de doscientos setenta kilómetros. Sobre la cumbre helada iban a vivir durante dos meses geodestas y ayudantes, mecánicos, soldados, obreros, cuarenta personas aproximadamente, provistas de aparatos de precisión, de instrumentos y máquinas de toda clases, produciendo todo el estridor de la vida industrial, con el silbido de vapor que señala uno de los rasgos característicos de la civilización moderna».

El gran botánico alemán Willkomm, a quien tanto debe la ciencia española escribe desde el Veleta estas palabras: «se extiende hacia el E. N. y Oeste un mar de montañas. Sobre la sierras de Jaén y Lucena se ve la línea azul oscura de Sierra Morena. Más allá se extienden las dilatadas llanuras de la Mancha y Castilla, que se confunden con el azul del cielo». «Es el día más grande mi existencia».

El Dr. Bide, el más arrojado explorador de la arista afilada que se

para el Mulhacén del Veleta, describe la puesta del sol contemplada desde el Veleta, y al aludir a la «corona de montañas en las cuales el tono rosado tierno se confunde con el pálido azul», concluye con esta frase: «es maravilloso».

Simón Rojas Clemente alude al paradisíaco valle de Lanjarón haciéndose eco de su «cielo alegre y despejado que jamás se empeña sino para regarla con sus lluvias suaves y protegerla contra los rayos de la canícula; un ambiente puro que nunca se agita sino para verter rocíos de plata y producir céfiros que templen la influencia de aquel sol hermoso. Todos los dones, en suma, y todos los encantos que, repartidos por toda la Bética famosa, han notado la poesía y los filósofos, se reúnen allí, como para representar, en miniatura, los Campos Elíseos de Homero y Estrabón».

Jacinto Verdaguer, en «[L'Atlántida» dedica a Sierra Nevada delicadísimas estrofas. Castelar la califica de «cristal veneciano que toma tantos reflejos y tiene tantos resplandores»:

Al contemplar Alarcón desde la Alpujarra el Mediterráneo, dice: «El mar. Calle todo ante su grandeza». Y Villaespesa, en «Aben Humeya», nos habla de

*pueblos que parecen nidos
de vencejos y milanos
en las rocas suspendidos,
y picachos eminentes
tocados de nieve y hielo,
que con sus altivas frentes
rasgan el azul del cielo!*

Y ahora he de deciros que si Andalucía resume a toda España porque tiene en su suelo elementos de toda la península: Meseta, como Castilla, Valle, como Aragón, Cordillera, como Asturias, y Navarra, y Aragón y Cataluña, y costas como Levante; si Andalucía resume a toda España, digo, la Sierra Nevada se viste con flores que no solamente resumen las de la Península, sino las de Europa y hasta del mundo entero. No temáis una enumeración erudita; quede ella para otros estudios; honor a los Rojas Clemente, Boissier y Wilkomm que investigaron la flora del imponente macizo granadino. Yo sólo os diré que desde la zona costera, de clima subtropical, de Motril, donde se dan cita la caña de azúcar, y la batata, y la chirimoya, y hasta el café; donde echo de menos incluso el árbol de la quina que la previsión de los gobiernos debiera haber plantado en las laderas de las sierras de Lujar y Contraviesa; desde Motril hasta las cumbres del Mulhacén y Veleta, a cuya sombra persisten con caracteres eternos las nieves; en estos 30 kilómetros de distancia, y en esos tres

kilómetros y medio de altura, se escalonan todas las zonas botánicas del planeta. Sobre el estrato floral costero, donde además de las especies citadas abren su pompa las palmeras y los naranjos, viene el peldaño de los plateados olivares y sobre ellos, árboles frutales de todas clases; después la zona de la vid. A mayor altura, la zona montaña, con los castaños y los robles, más arriba, allí donde ya no hay pueblos como Trevélez y Capileira que alcanzan alturas de más de 1500 metros, desaparecen los bosques, y en su lugar están las humildes hierbas de la zona subalpina, cubierta de nieve desde octubre hasta abril, y trocada en manto verdoso durante la primavera estival, que depara a los alpujarreños ocasión para cultivar el centeno, la patata y hasta el tabaco a más de 2000 metros de altura. El Veleta y el Mulhacén, con las restantes cumbres superiores a 3000 metros, pertenecen a la zona alpina, en la que es imposible todo cultivo, y las plantas espontáneas, de raquíptico porte y de flores rutilantes, sólo vuelven a hallarse en el Atlas, en el Pirineo, en los Alpes, en Escandinavia o en Laponia.

Después de esta divagación botánica, volvamos a lo geológico y geográfico. Decíamos que el macizo de Sierra Nevada es una inmensa cúpula, y añadimos ahora que está formada por pizarras en que brillan la

mica, el anfíbol y el granate. En cierto aspecto, Sierra Nevada, litológicamente, recuerda más a Sierra Morena que a los otros elementos de Andalucía. Sierra Nevada es como si después de partirse en dos el inmenso bloque de la Meseta Ibérica, quedando esta en alto y hundiéndose la porción meridional, hubiese sobrevenido el empuje de África y de resultas hubiese surgido la gigantesca onda sobre la cual pasaron, resbalando, las que han quedado envolviendo al macizo granadino y han avanzado hasta los confines de la Campiña cordobesa.

Si desde lejos, cuando estábamos en el Picacho de la Sierra de Cabra, la veíamos como niveo pecho, ahora, desde el Veleta, por doquier atisbamos concavidades en cuyo fondo se albergan lagunas, a más de 2800 metros en general. Estas lagunas y esos circos representan el resultado de la labor de modelación iniciada por esa misma nieve cuando en los tiempos en que apareció el hombre el clima más frío y más húmedo que hoy, permitía la congelación, el endurecimiento propio de los glaciares. La belleza de los Pirineos y de los Alpes se debe tanto a su mayor complicación como, sobre todo, a la intensidad con que los glaciares actuaron, creando los inmensos bajorrelieves al final de los cuales admiramos hoy los bellos lagos suizos e italianos.

Y es que contra las leyes de la latitud, con sus consecuencias térmicas, sólo pueden prevalecer las grandes altitudes. Un ataque más enconado por parte de Africa contra Europa habría dado a la Sierra Nevada un par de miles de metros de altura, y el paisaje andaluz sería en todos sus aspectos, una fiel reproducción del de Suiza y el Franco Condado.

Volvamos la mirada al Norte antes de emprender el regreso. Ya realizo mi sueño, al ver el paisaje acostumbrado, del revés. A mis pies se tiende la Vega de Granada y las altiplanicies de Guadix y Baza. Más allá las cuartillas que resbaláron al arrugarlas, es decir, el reverso de las Sierras de Cazorla, Mágina, Jabalruz, Martos, Alcaudete. Aquí una solución de continuidad (como la que hay entre las Sierras de Cazorla y Mágina); en efecto, recordemos que desde las Ermitas de Córdoba divisamos, entre el Ahillo de Alcaudete y la Sierra de Cabra, esta Sierra Nevada en que ahora estamos. Pues bien: en esa misma dirección columbramos una silueta de una horizontalidad y de una perfección de trazado sorprendente: es la Sierra Morena.

Recordemos la vuelta de horizonte llevada a cabo por Hëlbronner en el Montblanc. La identidad de los términos es perfecta. En el panorama del ilustre geodesta francés se divisa

el lejano reborde de la Meseta francesa, hermana de la española; por el pie discurre el Saona, al cual afluye el Doubs, nacido en el Jura; nuestro Guadalquivir es el Saona y Doubs, francés. Del Mulhacén y Veleta nace el Genil; de entre el Pico de Cuervo y a Sierra Harana nacen el Maitena y el Aguas Blancas. Todos estos ríos se reúnen en el por antonomasia llamado Genil, de igual modo que el Arve y el Ródano forman el Ródano propiamente dicho. Desde Lyon, el Saona cede el nombre al Ródano; desde Palma del Río, es el Genil el que hace mutis. Edrisi, el geógrafo árabe, coloca en el Genil a Sevilla y a Sanlúcar; para él, el Betis terminaba en Palma, como el Saona acaba en Lyon.

Y ahora supongamos que cabalgando sobre un rayo luminoso acudimos al encuentro, ya de vuelta, del que la Sierra Nevada reflejó hace miles de años; con la imaginación, supongamos que los torrentes y ríos no hubiesen comenzado todavía su labor. Si devolviésemos a Sierra Nevada y a las que se interponen entre ella y Sierra Morena, todo el inmenso volumen de detritus desplazados por los cursos fluviales, nos sorprenderían dos cosas: que un enorme caparazón calizo cubriría, a guisa de casco, a la Sierra Nevada, alcanzando así considerable altura; y los grandes lagos y el brazo de mar

que ocuparían, respectivamente, las dos concavidades que se abren entre la Cordillera Bética y la Cordillera Pre Bética (Sierras de Cabra, etc.), y entre esta segunda cordillera y el escarpe de Sierra Morena. De ahí, pues, que estas jóvenes cordilleras constituyan la cantera colosal de la que el artífice de las aguas arranca a lo largo de los tiempos los detritus que van cegando o colmatando (empleando un galicismo) aquellas cuencas. La Vega de Granada, sucesora de un gran lago, es hija de la Sierra Nevada. La Campiña cordobesa lo es de la Sierra Nevada, de las de Cazorla, Jaén, Cabra, etc., y de la propia Sierra Morena. A favor de aquella gran altura que tales sierras, exceptuando la Morena, tuvieron, los ríos que de ellas descendían al Canal Bético tenían gran velocidad, gran fuerza de arrastres, gran fuerza de empuje en sus deltas y conos de deyección: de ahí que el Guadalquivir no marche equidistante entre los límites de su cuenca, sino que discurra acorralado contra aquella sierra cuyos derrames han tenido siempre menor fuerza desplazante, es decir, contra Sierra Morena. Este maridaje tan estrecho entre el río y la sierra es la causa fundamental de aquellas riadas tan súbitas a que antes me referí, y que atenuarán los grandes embalses.

Sin darnos cuenta hemos atravesado otra vez la provincia de Granada

y hemos rebasado el Picacho de la Sierra de Cabra. Estamos ya cerca del punto de partida. Sólo un momento nos detendremos ya en este regreso, desviándonos algo hacia el Este. Hémos en lo alto de la inclinada torre de Bujalance, la atalaya campiñesa mejor situada para una lección de geografía andaluza. Desde ella divisamos perfectamente el escarpe de Sierra Morena, reflector cósmico de los rayos solares que se traducen en oasis casi subtropicales de dulcísimos naranjos; la Sierra Morena, con sus espolones que avanzan hacia la Campiña y se ocultan bajo ella; con las muescas de sus barrancos que se abren siguiendo la dirección NW-SE. de las rocas menos resistentes. Detalle nimio éste, como si lo rebuscásemos con una lupa. Pero esos espolones tienen un secreto que el hombre descubrió tiempo ha, pero que la humanidad actual explota con conciencia de lo que hace. En tiempos remotos, esos espolones eran barreras naturales que se oponían al paso del Guadalquivir; nuestro río tenía que saltarlos; imaginemos las cascadas que se formarían entre Marmolejo y Villa del Río; entre Montoro y Pedro Abad; entre Pedro Abad y El Carpio; entre Villafranca y los llanos de Alcolea, y acaso en Alcolea mismo. ¡Qué magníficos embalses naturales! La cinta líquida, la sierra cuyos dientes incansables son desde la más insignificante partícula hasta el voluminoso canto que va rodando río abajo y

desgastándose, cortó aquellos espolones, aquellos diques naturales, y hoy podemos admirar los pintorescos pasos del Guadalquivir, lo que los ingleses llaman «water gaps» y nosotros «hoces» o «cañones», alguno de los cuales, como la hoz de Montoro, son una fiel miniatura del famoso meandro encajado del Tajo en Toledo.

La ingeniería moderna repara este desgaste operado por la Naturaleza, y ahí está el Salto del Carpio en el Alcurrucén, preludio de otros cuya localización se adivina; y esas muescas que los barrancos serreños hienden, como el Yeguas, el Arenoso, el Guadalmellato, el Guadiato, el Bembézar, y cien más, son promesa de obras alguna de las cuales, el Pantano del Guadalmellato, es halagüeña realidad, y honra de quien la inició y de quien ha sido brazo ejecutor.

Ya en las Ermitas, el rebasar el vuelo hacia el Norte supondría observar un país de granitos, pizarras, calizas antiguas, totalmente distinto, en que el suelo, la flora, la fauna, el hombre en su habla, en sus costumbres, en su habitación, en la construcción de los pueblos, etc., es algo que ni es genuinamente andaluz ni genuinamente manchego o castellano. El paisaje de la Sierra Morena se descompone en tres grandes unidades: las proximidades del Guadalqui-

vir, con los bellísimos granitos rojos de los Arenales, a los que emulan los agrestes picachos de la desolada Virgen de la Cabeza, en Andújar, denotan el efecto de la gran desgarradura en que se termina la Meseta Ibérica, desgarradura que se descompone en varios escalones. Sigue más al Norte el Valle de los Pedroches, masa granítica que aparece como hundida entre el borde bético de Sierra Morena y las alineaciones pizarrreñas que señalan el límite de las provincias de Córdoba y Ciudad Real; como si el peso del granito repercutiese en su línea de flotación isostática.

El paisaje botánico de la gran porción septentrional andaluza tiene la austeridad castellana, que contrasta con la jocunda policromía bética. El olivo y la vid luchan con desventaja contra la encina. Los cereales quedan reducidos a términos imposibles de comparar con la panera campiñesa. Pero la dureza del medio, esa dureza con que la Sierra Morena trata sus hombres, hace a éstos duros a su vez para el trabajo, emprendedores, recios de carácter. Y si la tierra es ingrata en la superficie, alberga, en cambio, en sus entrañas el tesoro de sus minas, unas, como las de carbón, directamente relacionadas con los elementos litológicos del suelo; y otras, como los filones metálicos, consecuencia inmediata de la gran

desgarradura a que tantas veces he aludido, la falla del Guadalquivir, y que hacen de las provincias de Jaén, Córdoba, Sevilla y Huelva la tetralogía minera de España. Yo os digo que la Sierra Morena realiza la síntesis más completa que se puede pedir, y que el Norte de la economía cordobesa, si ciframos los ideales en un consciente amor a la región y a la provincia, es fomentar la armonía entre la Sierra, la Campiña y las Sierras mesobéticas de Cabra, Priego, Jaén, etc. Esta armonía consiste en verticalizar la producción, asegurando un ciclo perfecto en el trabajo, desde las minas que fomentan la riqueza del subsuelo y crean industrias de transformación como ocurre en Peñarroya, hasta la agricultura, que representa el otro extremo de un arco formado por todas las restantes industrias, más los saltos de agua que produciendo energía y recuperando, reconquistando para el riego tantos terrenos que lo han sido o que debieron ser de regadío, restablezcan el engranaje, que hoy no existe, entre la ciudad y el campo, transformando el suelo andaluz en la ansiada democracia rural que por tenerla Francia, no perdió la guerra, y por no tenerla España, no ganó las colosales empresas en que anduvo metida.

* * *

Voy a terminar. Llega para mí la parte más difícil, el famoso tercer acto

de las obras teatrales de difícil paso. ¿Cómo sustraerme al justificado temor de que el aplauso que por cortesía me concedáis sea más bien la expresión de la alegría que sentimos cuando nos libran de una abrumadora carga, como el aplauso que aprovechando una pausa se da al orador que comienza a poner pesado, para impedir que prosiga?

Dirigiré, pues, mis palabras, a la Real Academia otra vez. Tú, Alma Mater de Córdoba, eres la antena que capta todas las ondas intelectuales del mundo, las cuales se traducen en la publicación de un Boletín que tiene cambio con revistas y libros en todos los idiomas y en cantidades que asombran, y que revelan el prestigio que el nombre de Córdoba esparce por todos los ámbitos de la Humanidad civilizada. Deber de los cordobeses es honrar, ser dignos de ese prestigio, sentirse siempre emplazados para ser dignos de quienes fueron los más legítimos propietarios del solar cordobés, los árabes, a fin de que ante la Historia no desmerezcamos de la Córdoba de este histórico año de 1930 que parece señalar, que debiera señalar la continuación de una Historia de España de la cual perdimos el hilo acaso hace siglos. Córdoba no brillará más o menos por tal o cual plaza o avenida de las que se fabrican en serie en Nueva York. Córdoba brillará siempre por sus pensadores, por sus

místicos, por sus artistas, en una palabra, por el noble ejercicio del espíritu.

Quienes pueden y quienes deben, siéntanse henchidos de prócer mecenismo, brindado a la Real Academia de Córdoba una mansión adecuada a sus altos fines, y en la cual tengan albergue todos los cultivadores desinteresados de la inteligencia, a fin de que el exceso de especialización que la vida moderna impone y que todos lamentamos, no nos haga ser las primeras y más directamente heridas víctimas propiciatorias.

Y ojalá alcance yo el íntimo orgullo de poder aportar alguna partícula a ese hogar espiritual, a esa lámpara votiva que vosotros, señores académicos, mantenéis encendida siempre, cual Santo Sacramento de la Cultura cordobesa que alumbra la que por derecho propio es la casa en cuyo patio, resumen de Córdoba entera, ese «patizuelo empedrado de menudos guijos, una pared encalada de blanco, con un zócalo azul, y olor en el aire de olivo quemado», como dice Azorín, mana la DE SABIDURIA CLARA FUENTE.